

Los domingos se vestía de rigurosa etiqueta y leía la biblia durante el día; por la noche, comía como si fuera en un gran banquete, pero sin ningún invitado.

Cuando murió, quiso que lo sepultaran bajo unos pinos centenarios que hay en el patio, pero los vecinos lo llevaron hasta el Hospicio con ánimo de sepultarlo en La Mesa.

Era tanto lo que pesaba el cadáver, que les fué imposible seguir de allí a más de sesenta hombres, y previa consulta con el Sr. Cura de la Mesa, resolvieron devolverlo para cumplir la voluntad del difunto y no se necesitaron sino cuatro peones, porque de regreso ya no pesaba.

Misía Plájedes me refería siempre esto, y los labriegos del contorno lo afirman como cosa incontrovertible.

Desde entonces, las gentes miran hacia los pinos de Anatoli con supremo respeto, y dicen que de aquel lugar nadie osará mover las cenizas de ese hombre bueno, ilustrado y probo, que se divorció con la humanidad por el desamor de una mujer que de seguro no fué feliz con otro hombre.

De don Lucio Rubio, el solitario de la Tebaida, me refería cosas en extremo interesantes.

Divorciado también de la vida social, se aisló en la cumbre de su retiro, y se puso en íntima comunión con la naturaleza. Desde el promontorio montañoso donde eligió su residencia, divisaba durante las mañanas despejadas toda la cordillera central y los nevados del Tolima y del Ruiz.

Construyó sus muebles de madera rústica, hizo un cuadrante solar en una gran piedra que aún se conserva, y allí, bajo la sombra de unas palmas milenarias, se recreaba en darles de comer a los pajaritos que acudían a él con ingenua confianza.

Muchas veces, en las horas del atardecer, solía abrir los brazos en cruz, teniendo en cada mano una bandeja llena de arroz, y eran tantos los pajaritos que acudía a picotear en las bandejas, que le obligaban a ponerlas en el suelo para esquivar la molestia de su aleteo.

A veces se le veía hablar con ellos, según decían.

Otros creen que don Lucio practicaba el espiritismo y asistía siempre en compañía de los grandes genios de la antigüedad, a cuyo estudio dedicaba casi la mayor parte de su tiempo. Había escrito mucho, pero cuando sintió que la enfermedad que lo llevó a la tumba no le permitía ya sus diarios entretenimientos, quemó sus papeles y sólo se ocupaba en poner en orden sus cosas.

Alguien le dijo un día que si pensaba encargarse del cuidado de los pája-

ros a alguna persona, y él le respondió:

—Los pájaros son más entendidos que las gentes. Ellos conocen quién los ama de corazón y quién los mantiene por capricho. Cuando yo muera, no volverán a la Tebaida, porque ya no encontrarán a su amigo.

Y el día de su muerte, una inmensa bandada de pajaritos llegó a la casa de la Tebaida y le entonó al amigo y compañero los himnos de su liturgia arrobadora, para no volver más. Quienes oyeron aquello, dicen que nunca en la vida podrá repetirse una escena tan natural y tan conmovedora.

Misía Plájedes suspiraba siempre que me hacía este relato, y mirando hacia las alturas de la Tebaida me decía:

—Don Lucio era un santo, porque tuvo piedad de los animalitos. Ya ve usted que la gente cree que a los pájaros no se les debe pagar su trabajo, y que deben cantar y alegrarnos la vida sin darles nada. Si no fuera por ellos, las plagas nos comían a todos y la tristeza también.

Misía Plájedes vino a la vida en San Agustín, en el Sur del Tolima, hace ochenta y tres años. Tiene los dientes y las muelas como si apenas contara veinte años, y jamás le han dolido en la vida.

—¿Qué se hace usted, le dije un día, para conservarlos tan bien y tan blancos?

—Pues yo no hago, me decía, sino limpiármelos con un trapo limpio, y hacer buchecitos de cocimiento de guayacán.

La última vez que la visité, hace unos ocho días, me dijo, incorporándose en su lecho franciscano:

—Estoy haciendo mis costuras para llevar los trapitos limpios a la otra vida. Ya hice mi mortaja, y ahora estoy cosiendo la funda de la almohada, para que todo esté listo. A la presencia de Dios hay que llevar lo mejor que uno tenga.

Y la anciana octogenaria seguía su costura con la naturalidad de quien hace su apresto para un corto viaje; como si tratara de ir a la misa del pueblo cercano, como si a la tierra se le debiera recibir también con los brazos abiertos.

Yo siempre he sentido un profundo respeto por estas gentes que miran la vida con esa despreocupación sabia y estoica. Saben que la vida es como un

zaguán largo y lleno de encrucijadas donde encontramos a veces placeres y tristezas, pero cuyo fin ineludible es la boca de una tumba que nos espera en la extremidad.

Ellos van por ese pasadizo con el paso firme y no se preocupan gran cosa, y cuando van a terminar su peregrinación, entran en la boca de aquella tumba, como si fuese en su propia casa.

Misía Plájedes tiene ya sus aprestos hechos y se va sin pesar.

Tal vez mañana vengan a decirme que ya dejó de existir, después de haber probado la mazamorra de harina de trigo, que era su antojo postrero.

Y su agonía será lenta y plácida, como la de aquellos budistas de la India, que al diluirse en el Nirvana sonríen escépticamente ante todos los esfuerzos humanos, ante la pequeñez del sol, cuyos rayos ven como los de candileja macilenta, y ante las preocupaciones de los sofistas, que han compuesto una leyenda de la existencia y que se quedan absortos y manierizados ante el misterio de la eternidad.

Viaje natural e indoloro, que emprenden las gentes sencillas como la cosa más fácil, y que nosotros miramos con terror, y emprendemos acobardados, porque le hemos puesto a la vida más interés del que tiene, y porque estamos prendidos a lo que hemos creído que constituye la existencia, como son las riquezas y las dignidades, y el amor a nuestros semejantes, que suele abandonarnos mucho antes de que haya tocado a nuestras puertas la mano de la muerte.

Y tal vez para misía Plájedes no haya en el momento de su agonía quien le ponga un vaso de agua cristalina al borde de su lecho de muerte para que el alma aplaque su sed, ni quien sepa enumerar sus virtudes como lo hacía ella ante el cortejo de labriegos que oían de sus labios las buenas acciones de los moribundos, a quienes ella acompañaba hasta el último trance.

Pero el recuerdo de misía Plájedes vivirá entre nosotros por muchos años, porque supo estar siempre al lado de los menesterosos y tuvo frases de consuelo para los que sentían desfallecimiento cuando iban a dejar la vida.

Esta vida que ella piensa dejar después de hacer la mortaja con sus propias manos y de haber arreglado sus ropas con mucho esmero, porque como me decía hace tres días, a la presencia de Dios hay que llevar lo mejor que uno tenga.

JOAQUÍN QUIJANO MANTILLA

El Epiro, día de Santa Ana, madre de Nuestra Señora, de 1923.

(El Tiempo, Bogotá).

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443